

CRITICA DE TEATRO

«El Aparatito de Don Benigno» *aag 9840*

Siguiendo la línea de obras de corte popular dirigidas a un público masivo, Fernando Gallardo presenta —con este sugerente título— su segunda experiencia como dramaturgo.

«El aparatito de don Benigno» es una pieza liviana, ambientada en una población marginal y cuenta con un mensaje socio-político, expuesto directa e indirectamente. Está estructurada en ocho cuadros que intentan mostrar el desarrollo de la precaria situación vivida por un matrimonio de edad madura, que comparte una vida de anhelos y temores. Mientras Adelaida se refugia en fantasías que son una forma de escapar a una relación que ella siente insegura en muchos aspectos, Benigno se entrega con total devoción a su modesto taller electrónico.

Dentro de este marco básico, se desenvuelve una cadena de situaciones que va reforzando los rasgos de cada uno de los protagonistas. Ella teme que su marido esté fabricando artefactos peligrosos y, también, que la engaña con otra. La seguridad que ahora, en una actitud muy femenina de enfrentar la vida, le impide comprender los ideales de su marido. Por su parte, Benigno es un hombre soñador, excesivamente rústico y encerrado en sus experimentos, encaminados a construir un aparato capaz de transformar un televisor blanco y negro en uno de color. He aquí una primera analogía: pasar de la oscura realidad al esplendor de una imagen brillante.

El «inventor» de don Benigno (éste pudo haber sido un título mejor), abre las puertas a una serie de cuadros que pretenden conectar a este personaje, con el cruel y des-

plazado universo de los intereses creados, todos ellos indicadores del impacto que el aparato ha provocado en el mercado de la electrónica, pero que dramáticamente terminan por confundir y alejar la acción de su atmósfera y eje central.

La historia vuelve a recuperar su hilo inicial cuando vemos a Benigno que, aún en su fama y gloria, no ha cambiado sus valores esenciales. Sin embargo, es su propio medio quien lo traiciona, a consecuencia de un desborde de solidaridad que termina costándole una ruptura con su mujer y un lugar en la cárcel. Incluso ella lo abandona, junto con desarmarle su taller, lo que significa a Benigno, el mayor de los golpes. Aunque esta situación se revierte, ya que el personaje necesita dejar en claro, nuevamente, que sus intenciones iban orientadas sólo al bien de los suyos, lo que manifiesta en un verdadero discurso político al final de la obra. Benigno se presenta como el símbolo de un ideal aplastado, el incomprendido de siempre, un mensaje *may ad hoc* con su propio nombre.

La dirección de Erto Pantoja tiene buen comienzo, especialmente en el primer cuadro. Con mucha eficacia, éste muestra el conflicto, el ambiente y las características de los personajes protagonistas. Resulta un cuadro completo que despierta real interés dentro de un ritmo bien llevado, pero que se ve amenazado en varios momentos por la grosería y la vulgaridad excesivas. Después de esta primera escena (la más lograda de la obra), el ritmo de la acción decae notoriamente, quedando así los cuadros posteriores pobres y vacíos,



Myriam Palacios y Fernando Gallardo dan sabor y entusiasmo a una pieza que tiene altibajos.

tanto en texto como en recursos. Ejemplos de esto son el negocio de los televisores, la encuesta a la población, la oficina, escenas muy influidas por el tipo de sketch televisivo, con todos sus vicios, más que sus virtudes. De esta manera, las expectativas generadas al comienzo se desvanecen en lugares comunes que no ofrecen nada nuevo.

La actuación deslucida fuertemente en Myriam Palacios y en el propio Fernando Gallardo. Ambos comediantes demuestran oficio en su trabajo. Adelaida tiene rasgos notables, un gran sentido del humor y variedad háistrónica que logran momentos geniales, tales como el del relato de la película. Myriam Palacios configura, en forma efectiva y vivida, un tipo de mujer muy familiar para el público chileno. Fernando Gallardo (autor de la obra y protagonista) tiene todo un repertorio gestual que comunica un estado de ánimo particular, entre un cansancio existencial y una inocencia que conquistará rápidamente, aunque su nota sentimental resulta excesiva y repetida. Con la excepción de la picaresca de los papeles interpretados por Alberto Vilegas, el desempeño del resto del elenco es opaco, de manera que es evidente que la ausencia en el escenario de cualquiera de los dos personajes centrales pro-

duce un decaimiento general de la obra.

Si bien la escenografía está muy cuidada al inicio, contrasta fuertemente con la poca gracia de los ambientes posteriores. La pobreza escenográfica de los cuadros siguientes hace disminuir la actividad del escenario y rebaja el nivel de la puesta en escena.

«El aparatito de don Benigno» es una obra que adolece de varias fallas. Su estructura es irregular, su tendencia a explotar rasgos chabacanos es marcada, y su multiplicidad temática no convence. La línea que sigue la acción para conseguir ciertos fines resulta incoherente en muchos aspectos y, por lo tanto, el final aparece arreglado para arremeter emocionalmente con un mensaje ideológico gastado.

«El aparatito de don Benigno» está dirigida a un público de masas, adiccionado al melodrama televisivo. Por esto, los recursos de este medio abundan, desvirtuando esta obra que, teniendo un buen comienzo, toma los caminos fáciles y más transitados. Sin lugar a dudas la actuación de Myriam Palacios y Fernando Gallardo da todo el sabor y el entusiasmo a una pieza que tiene serios defectos.

Carola Oyarzún L.

"El aparatito de don Benigno" [artículo] Carola Oyarzún L.

Libros y documentos

AUTORÍA

Oyarzún L., Carola

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El aparatito de don Benigno" [artículo] Carola Oyarzún L. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)